

Un creador de patrias

JOAQUIN TAMAYO*

(Discurso pronunciado en la sesión solemne celebrada por el Concejo de Bogotá, el día 6 de mayo de 1940).

Ha querido el Cabildo de Bogotá rendir al fundador de la república, en el centenario de su muerte, imponente testimonio de admiración, de fervorosa gratitud. Transcurridos cien años de historia, se alza en lo más alto de la gloria colombiana —con intensa luminosidad— la figura egregia del general Francisco de Paula Santander. La grandeza de sus acciones nos domina y sobrecoge: la influencia de su espíritu es para nosotros soberbia realidad política: la aplicación de sus doctrinas, a la par que el desarrollo de su enseñanza, afirmación de un sistema legalista, de un principio constitucional.

En esta hora me cabe el honor de dar expresión al sentimiento que hoy inflama a la ciudad y al país, conmueve e inspira a todo corazón; y de ensalzar —a nombre del cabildo de Bogotá— la existencia heroica del más ilustre de los ciudadanos de Colombia.

* * *

* Historiador. Autor de varios textos, entre los que figuran: "Nuestro siglo XIX", "Núñez", "La Revolución de 1899", "José María Plata y su época", "Don Tomás Cipriano de Mosquera".

A la zaga de los conquistadores castellanos —en pos del vellocino de oro— cruzó el océano número grande de gente aventurera. Muchedumbre animada en su empeño de riqueza, por el anhelo de levantar casa propia; establecer mayorazgo a la sombra de los cerros recién descubiertos y vivir al amparo de la cruz, símbolo sagrado de una civilización.

El curso de los siglos coloniales en el Nuevo Reino de Granada fue un perenne desfile de estos hombres emprendedores y resueltos. Una lucha tenaz y callada por fijarse a la tierra; hacer de ella campo propicio a su ambición; fundar aldeas a la usanza de la metrópoli; ejercer una soberanía delegada, sin perder en el espacio y en el tiempo el carácter peculiar de lo español.

Repartidos los pobladores blancos en afanosa correría por el territorio neogranadino, mezclaron sin rubores su sangre a la sangre aborigen, engendrando una raza nueva: americana por el nacimiento, extranjera en sus costumbres e ideales. Semblante, lenguaje y religión en los hijos de los conquistadores conservaron sabor peninsular, avigorándose a cada generación, como si el hecho de constituir único patrimonio espoleara su orgullo, como si el hecho de transplantar a este suelo lo más excelso de la vieja España, animara la fuerza de los herederos mestizos en floración espléndida. Congregados en sociedad adicta al monarca lejano, estos fieles varones de la Nueva Granada en su obediencia al mandato de gobernadores y virreyes, en su acatamiento de la ley de Indias, en su defensa de los fueros provinciales, se juzgaron a sí mismos depositarios del alma castellana, razón y término de su existencia a menudo silenciosa.

Los vecinos del Socorro, Pamplona y Cúcuta —individualistas en extremo— se distinguieron por la fiereza de su genio, la estructura espiritual de sus preocupaciones, la honradez de sus proceder, la austeridad de sus hogares. Tardaron mucho en adaptarse a las condiciones impuestas por la naturaleza de un suelo pobre y quebrado, evolucionando con notoria cautela, resguardándose de todo contacto exterior. Lacónicos y solemnes estos montañeses vivieron apegados al terruño en voluntario aislamiento, reacios a salvar la línea invisible de sus horizontes. En su vigor de excepción, su vida fue trasunto de la vida de Asturias y Galicia.

El espíritu racionalista del siglo XVIII, al sacudir de raíz a las sociedades europeas, en forma amortiguada trajo a los criollos de América la noción elemental de los derechos ciudadanos. Un

sentimiento de repentina inconformidad, de aguda repugnancia en contra de lo español, puso de presente ante ellos las imperfecciones del absolutismo monárquico.

La revuelta de los Comuneros fue un ensayo frustrado: mas el destino trágico de sus conductores, tanta miseria y desventura, encendieron en las clases superiores de esta sociedad melancólica el deseo de la venganza y la resolución inquebrantable de imponer su propio dominio. Así, frente a una España tradicionalista e imperial, se alzó con el mismo brío una España neogranadina.

* * *

Francisco de Paula Santander fue ejemplar característico, tipo de selección de este conglomerado residente en lo más abrupto de la cordillera entre El Socorro y Cúcuta. Su vivir de hombre americano arranca de la unión del conquistador Diego de Colmenares y la hija del cacique de Suba; mas por las condiciones distintivas de su inteligencia, por la formación espiritual de su personalidad, por las profundas raíces de su genio, se mostró castellano, portándose como tal en cuanto ello presupone hidalguía y calidad de ánimo.

Su modo de ser personal influyó intensamente en la evolución de su época y conducta de sus contemporáneos, realzando con bravura las aspiraciones fincadas en sus dones naturales. Por la esencia de sus estudios, la enseñanza de su hogar españolísimo, la observación directa de su tiempo, y del ambiente social que le tocó en suerte, con pericia venció sinnúmero de tropiezos: sin apresuramiento, sin perder de vista el objetivo señalado a su misión histórica.

Destinado a sobreponerse a las más enconadas pasiones, adquirió con la resistencia de los años naturaleza dominante y dominadora. Imperativo como lo fue, se hizo obedecer sin reparos, dejando a la rastra de su paso el respeto del pueblo y la consideración debida. De fisonomía arrogante —quizá desprovista de calor—, al adoptar decisiones trascendentales no hurtó el cuerpo a la responsabilidad, ejerciendo el poder con ponderada ilustración y versación en las leyes.

Las doctrinas jurídicas extraídas del principio legalista español, animaron el curso de sus acciones. En vano se pretende hallar una frase, un movimiento, un ademán a lo largo de su existencia fecunda en victorias, que no correspondan en la forma y en el fondo a esta

noble aspiración. Apegado a la realidad, ajeno a elucubraciones filosóficas, a especulaciones ideológicas, su cerebro sistemáticamente buscó el conocimiento perfecto de los hombres y los hechos. Razonador por excelencia, la razón en él predominó sobre el afecto, sacrificando aquello que no estuviera acorde con su ideal republicano, fundamento de su grandeza política y de la nación colombiana.

Hombre muy del siglo XVIII, en su trato no se apartó una línea del ceremonial propio a su época. Espléndido y generoso para con los suyos, fue esquivo con los extraños. Sus enemigos le tacharon de orgulloso en sumo grado. Santander tuvo el orgullo de los inteligentes, que consiste en imponer la voluntad por medio de facultades superiores, sin rebajar el impulso de esa fuerza creadora pese a la censura de los inconformes.

Liberal de opinión, su liberalismo jamás se inclinó a los extremos. No fue jacobino, ni intentó parecerlo. Su devoción al principio de autoridad le hizo practicar sistemas en apariencia contrarios al anhelo romántico-liberal de sus prosélitos. Puede afirmarse que el general Santander, como hombre de Estado, fue el creador de los dos grandes partidos políticos que a lo largo del siglo XIX se disputaron agriamente el predominio de las conciencias colombianas. Discípulos suyos —formados a su imagen y semejanza— fueron Lino de Pombo y Rufino Cuervo, jefes espirituales del conservatismo neogranadino; y Francisco Soto y Vicente Azuero, conductores del liberalismo santanderista.

* * *

La revolución del 20 de julio surgió de una riña ocasional. No hubo en los comienzos propósito alguno, por parte de los criollos santafesños, de independizar el virreinato de la Nueva Granada de la Corona española. Don Camilo Torres —alma y nervio de este movimiento— representó en aquel día una aspiración de mando, un natural sentimiento de altivez ofendida, sin que mediara en su intento el deseo de burlar la soberanía del rey. Asimismo el 20 de julio puso de manifiesto el empeño individualista de exaltar el poder municipal, en contraposición al centralismo monárquico. Fue por ello en último término acto de raigambre muy española, sin que los dirigentes neogranadinos adversarios del régimen colonial, concibieran en esa hora el pensamiento definido de gobernarse a sí mismos. Tan castellano en sus ideas y en su nobleza se me figura don Camilo Torres en ese instante, como el hidalgo Don Quijote.

Tres siglos de fidelidad a España —nunca desmentida— encauzaron los primeros pasos de los españoles santafereños en su intento de dominar a los españoles de la península. Sin omitir diligencia alguna, las aldeas del virreinato echaron al vuelo las campanas de sus iglesias, con el propósito de ejercer la soberanía a su modo, constituyéndose a la usanza de Castilla en guardianas de la voluntad real. La idea separatista prendió luego al salir a la luz violento antagonismo entre los que creían se había ido muy lejos por el camino de las reformas, y los partidarios de una revolución categórica. Mas la ignorancia de unos y otros en el arte del gobierno sacrificó el destino de esta primera patria neogranadina, arrebatados los ánimos en querellas sin término, vencidos los jefes y asolado el país.

A tiempo que don Pablo Morillo tras de feroz empeño se apoderaba de Cartagena y la expedición pacificadora invadía el territorio con furor mal contenido, apareció por el lindero venezolano, a la cabeza de una división fogueada en la guerra a muerte, el coronel español don Sebastián de la Calzada, veterano curtido en los campos de Bailén. Su presencia y su ejército se juzgaron golpe mortal a la causa de la república: en los pechos patriotas cundió el desaliento y el querer manifiesto de renunciar a la lucha. Todo parecía anunciar un desenlace origen de pesares: en ese minuto trascendental entró a la historia Francisco de Paula Santander.

Aislado como se hallaba en Ocaña, al mando de 500 hombres, en situación por demás angustiada, sin recurso posible, fijos en él los ojos y las boayonetas del invasor, condenado a perecer sin remedio o sufrir ignominiosa suerte, prefirió lanzarse por en medio de las tropas de Calzada con riesgo de la vida. En una retirada que ha hecho honor a su nombre, el coronel Santander, sin perder un soldado ni un fusil, sin dar tiempo al español de cortar su marcha o entrabar su paso, se precipitó por la vía de Rionegro hasta llegar con toda gloria a las toldas del gobierno republicano: sombra de gobierno ya rendido antes de morir en el cadalso.

La batalla de Cachirí señaló el fin de la Patria Boba. En Santander el espíritu de rebeldía le enseñó el oficio de la guerra. Por la substancia de sus estudios universitarios, por la índole de su temperamento, parecía destinado a sobrevivir en el obscuro trajinar de la jurisprudencia de Indias; en el ejercicio discreto de la profesión de leyes, sin que nada indicara en su pasado destreza en el empleo de las armas, ni grandes dotes militares o conocimientos de estrategia. El 20 de julio abrió para él las puertas de la inmortalidad.

Entonces fue soldado por instinto y se echó al campo por impulso del corazón. De Ocaña hasta el Apure, de Tame a Boyacá demostró indómito coraje apareciendo su bravura de hombre militar con brillo inconfundible. En aquella etapa dramática de su existencia desafió prejuicios y vacilaciones con intención de imponer enérgica resistencia y asegurar el porvenir de la patria. Mozo de pocos años, quebró con su ejemplo la debilidad fatalista de los mandatarios santafereños, sin atender ni escuchar la voz del miedo que oprimía a los hombres de su rededor. Aun en derrota se internó en los Llanos llevando consigo la representación máxima del ideal independiente, la obsesión terminante de vencer sobre el caballo —la espada en la mano—, a la vez que Morillo hacía rodar en la plaza de San Francisco las más ilustres cabezas de la Nueva Granada.

En la enorme y solitaria extensión de los Llanos se ganó la guerra de la independencia. Allí se engendró la nacionalidad colombiana, en una lucha sin pólvora, hecha a punta de lanza. Los llaneros, semejantes a demonios, con la pica en alto y la garra lista a destrozarse, cruzaron la tierra entre gritos salvajes y llamaradas de incendio. Surgió el jinete temerario e inculto; el centauro, cuya noción de la vida y de la muerte se confundió con el hambre. Esa caballería veloz, irresistible y aplastante: esa tropa —ni venezolana ni neogranadina— simplemente llanera y vencedora de los tercios españoles.

El concepto de la guerra de batallas, con su oficialidad y sus Estados Mayores, se abandonó por inútil. Cuán lejos se hallaron los hombres del Bajo Apure de los dirigentes de 1810. El lirismo del 20 de julio pereció en las Queseras del Medio: sobre las calaveras que sirvieron de asiento a los jefes encargados de decidir los destinos de América. Así los llaneros se convirtieron de hecho y por derecho en los libertadores de Colombia.

En la campaña de los Llanos Santander dio prueba de la más sostenida firmeza de carácter. En el combate del Yagual —como en otras duras bregas— ganó la estimación de sus compañeros de mando. En aquel mundo revuleto, en aquella anarquía mal disfrazada por una jerarquía de militares, en esos años sometidos al querer del más atrevido, este neogranadino de incuestionable origen civilista no renegó de la herencia. Fue un guerrero a la altura de Páez, pero también un letrado en esa época y en ese sitio.

Auténtico organizador de la expedición llanera, consciente del peligro inherente a su grado de general, sin temor a las asechanzas de

los realistas, conteniendo la malquerencia de los indisciplinados, dio la voz de mando al transmontar la cordillera por en medio de ásperas sendas. Hay en esta ascensión de los Andes algo incomprensible a nuestra mentalidad de hombres cansados: algo que nos subyuga y nos asombra, nos mueve a la envidia y al orgullo a un mismo tiempo. Sólo un guerrero de tal pujanza como lo era Santander pudo continuar la marcha sin desesperarse, pese al espectáculo macabro de los soldados muertos, de las caballerías estrelladas en lo más hondo de los precipicios, del rigor de los fríos, de la certeza que traía de entrar pronto en combate con un enemigo poderoso. Y en la helada cumbre atacó, venció y ocupó la formidable posición de Paya: el camino al interior del virreinato quedaba abierto. Otra ascensión gloriosa en los anales colombianos recuerda el paso de la cordillera andina: la de Quesada por la serranía del Opón.

En el llano de Miguel —en consejo de generales— Santander propuso invadir a la Nueva Granada al frente de sus tropas, dejando a las de Venezuela —si la suerte le era adversa— el recurso de proseguir la pelea en las llanuras. Lo decisivo y fundamental de la campaña libertadora aquí se hizo. Por un instante se llegó a considerar temerario el resultado de la empresa, en la creencia que los llaneros, incontenibles en las tierras cálidas, cayeran a pedazos en los páramos boyacenses. Empero, Bolívar, al escuchar la opinión de sus capitanes de Estado Mayor, deseosos de participar a su vez en la invasión sin miramiento a los obstáculos, en un arranque magnífico de hombría decidió avanzar.

En el puente de Boyacá el general Santander coronó con vigor insuperable la hazaña de la independencia. Su presencia allí fue definitiva, como fue patente la genialidad del Libertador a lo largo de la campaña entera. La victoria no se concibe sin uno y sin el otro. Bolívar y Santander —hombres de guerra— hicieron posible la república en la Nueva Granada.

Encarnación de la virilidad, a semejanza del bronce espléndido que inmortalizó el semblante de Bartolomeo Colleoni, así aparece en la historia militar de Colombia el general Francisco de Paula Santander.

* * *

La victoria de Boyacá no sólo fue de orden estratégico. Con ser notorios los beneficios allí alcanzados sobre los ejércitos realistas, de

mayor relieve, significado y trascendencia fue la acción posterior a la batalla.

Hasta ese momento el absolutismo monárquico había imperado en la educación de la sociedad neogranadina. En el campo de Boyacá triunfó el espíritu revolucionario con intensidad no igualada: vinieron a tierra los signos exteriores de la Colonia: Bolívar y sus tropas acamparon en la antigua Santafé; mas la transformación radical del régimen caído y su reemplazo por un gobierno propio, eminentemente legalista, corresponden en justicia a la intervención directa del vicepresidente Santander.

Los primeros pasos de un hombre en la carrera de la vida son de ordinario decisivos: imprimen carácter en el curso de la existencia. Por una de esas paradojas que suelen acompañar la gloria de los grandes hombres, Boyacá indicó el término de la carrera militar de Santander. Entonces el letrado se sobrepuso al guerrero: el hombre de Estado al hombre de la guerra.

Nadie suponía en él dotes especiales de organizador, ni destreza en la administración, ni peculiar conocimiento de las pasiones humanas, ni majestad propia a su mando, ni esa luz inmanente y clarísima que distingue al genio de los seres comunes. En ese desequilibrio de lo creado, en la exaltación de lo nuevo, en el cambio de lo viejo, Santander fijó de modo inmutable la línea divisoria entre la monarquía y la república: entre el vasallaje y la libertad.

No existiendo, como no existía, preparación intelectual en grande escala, ni aspiraciones de envergadura nacional en los ayudantes de la segunda fila, ni principios legislativos, ni verdadero espíritu democrático, ni tradiciones liberales, la acción del vicepresidente tuvo que partir en los comienzos de un concepto personal de mando, positivo y constructivo.

Creían algunos que la Nueva Granada cambiaría y olvidaría de corazón ligeros prejuicios arraigados en la sangre: que al constituirse en república independiente unida a Venezuela, desaparecerían infinitos problemas e todo orden; y ese conglomerado humano, mal instruido acerca de sus obligaciones y derechos, atendería sin demora el querer de los gobernantes. Pronto se dio cuenta Santander desde el Palacio de San Carlos de este contraste visible entre la realidad y la fantasía: entre lo posible y lo nebuloso.

Crear sin elementos y con angustiosa premura un país aún sin fronteras; un gobierno respetable y respetado; reemplazar las prácticas de una jurisprudencia añeja e intolerante por normas más acordes con los derechos individuales, sin suscitar choques ni colisiones, sin despertar la cólera de los poderosos, sin humillar a los desamparados; edificar de la nada la estructura administrativa de la república; aplicar códigos y leyes a un pueblo, desconfiado por dolorosa experiencia de la Legislación Indiana; imponer el régimen colombiano en contraposición al régimen español; infundir aliento a esta nación atormentada por el miedo y el recuerdo trágico de los cadalsos de Morillo, cuando se juzgaba percedera la victoria de los republicanos y se vivía con el pensamiento fijo en una reacción terrible por parte de los realistas; hé aquí los rasgos distintivos y magníficos de la genialidad santanderista: hé aquí una obra sobrehumana, creación del Hombre de las Leyes, inspirador de la patria neogranadina y de la nacionalidad colombiana.

¿Recordáis aquella carta escrita en Lima en 1825? ¿Recordáis aquellas frases en las cuales el Libertador se elevó a la cumbre de lo heroico? ¿Esas palabras gloria de su alma y honra del vicepresidente?

“Cuanto más considero el gobierno de usted —decía Bolívar a Santander— tanto más me confirmo en la idea de que usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre y eminentemente correcto, y, además, eminentemente fuerte. Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia, los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades; usted el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote, y Colombia con los tres”.

En Santander —el hombre de las leyes— el ideal político tuvo dos dimensiones: una su pensamiento, otra su energía. De esa feliz combinación surgió la obra. Espíritu organizado para analizar de frente los más graves contratiempos de su época, no perdió de vista el objetivo último de su empeño constitucional. Situado por encima de pasiones y emociones, dominó con frialdad un mundo de agitación e incomprensión: creó doctrinas y sistemas fijando las bases del Estado moderno dentro del concepto sagrado de la ley.

En el Consejo de Ministros su voz se alzó con esa seguridad de tono particular a los hombres de mando. En el concurso de Secretarios su

palabra y las razones justificativas de su juicio se acataron, para afianzar así el prestigio del gobierno, atento a dirigir la marcha de los acontecimientos y la opinión pública. Sus relaciones con el Poder Legislativo partieron de un precepto de mutuo respeto y estricta deferencia: nunca intervino de modo directo en las actividades del Congreso, mas aquellos principios fundamentales a su ideal doctrinario, aprobados en buena hora, dieron a lo colombiano autoridad en el continente.

Encargado del poder supremo, aplicó con oportuna diligencia las facultades conferidas a su gobierno, a fin de proseguir sin descanso la independencia de América. Quizá es más heroico aceptar una posición administrativa —por honrosa y peligrosa que ella sea— que salir al campo, el pecho descubierto y ofrecer batalla a los enemigos de la patria. Santander aceptó la ingrata tarea de permanecer en Santafé, asegurando de esta manera la victoria de sus compañeros de armas, mediante el sacrificio voluntario de su propia gloria militar. De aquí partieron los hombres y auxilios necesarios para combatir a los españoles en una guerra distante y de pronóstico inseguro. Si el Libertador llegó a la cima de su grandeza en el Perú, si el general Sucre por su valeroso comportamiento ganó en Ayacucho el título de Gran Mariscal, Francisco de Paula Santander —encargado de la presidencia de Colombia— demostró a sus contemporáneos y a la posteridad lo mucho que valía: lo que había recibido y lo que había dado.

Nunca hasta entonces hombre alguno probó actividad tan feliz, proporcionada a la extensión de los negocios públicos. Por espacio de tres siglos la Corte de España había considerado a los americanos como menores de edad y privados del uso de la razón. Muchos de los virreyes y no pocos oidores de la Audiencia de Santafé jamás se vincularon a los neogranadinos, ni estimaron digno satisfacer naturales anhelos de cultura. Existía en la Colonia un simulacro de gobierno municipal: una pirámide construida para defender instituciones extraídas de la Edad Media, fueros y mayorazgos autorizados por códigos punitivos en exceso, pero el pueblo de la Nueva Granada, al conseguir la independencia, careciendo como carecía de ilustración elevada, pasado el entusiasmo del triunfo, se entregó a la contemplación de una vida en apariencia eterna. Una vida de piedra: cuatro grandes balcones, una plaza, una iglesia.

Con necia obstinación los intereses regionales opusieron sus prerrogativas a la formación de un régimen unitario: lo pequeño quiso

entrabar el desarrollo de lo grande. Para el mayor número de neogranadinos, venezolanos y quiteños el nombre de Colombia era sinónimo de guerra: era la epopeya militar exorbitante y encadenada a la espada de Bolívar, pero no tenía un significado doctrinario.

Santander impuso una fisonomía a este país. Aun en detrimento de consideraciones emotivas sostuvo indomable su ideal, que no fue otro sino mantener la libertad por la ley. No repudió lo bueno de la enseñanza española en su propósito de armonizar el legalismo de los castellanos con el liberalismo de la república. La transformación de Colombia en Estado de valor internacional, tras de una guerra de quince años a muerte, constituye lo más digno de alabanza en el gobierno del Hombre de las Leyes.

Con sagacidad no exenta de firmeza defendió las fronteras colombianas, ennobleciendo a la patria con los atributos más solemnes a que puede aspirar una nación soberana. Su influencia a la par que su inteligencia le colocaron a la altura de los más grandes políticos de la América hispana: su voluntad de emancipación, enfrentada a la voluntad de poder, trajo para sí la cólera de adversarios rencorosos; mas esta obra suya, la más duradera de aquel lejano tiempo, quizá es la más soberbia de nuestra historia.

Quebrantando el poderío de Fernando VII en el continente, la casta militar se abrió paso a empujones en el escenario de estas repúblicas recién constituidas. Las dianas de Ayacucho celebraron la independencia americana; con todo, tanta gloria no costó menos que la existencia de Colombia, y tal triunfo fue anuncio de su rápida disolución. Sopló por entonces el huracán de la política con violencia arrolladora y un concurso fatal de circunstancias precipitó el rompimiento entre Bolívar y Santander. El Libertador —hombre continental— rechazó el ofrecimiento de una corona, repugnante a su dignidad; mas vino a ser mirado como jefe de un partido contrario a la ley establecida. Bolívar representaba la unidad y el porvenir de Colombia: Santander, la constitución y la paz. La espada fue el símbolo de la grandeza boliviana: la ley dio brillo y honra a la creación santanderista.

Al caer las rejas del castillo de Bocachica para apresar al más ilustre de los neogranadinos, los aduladores de la dictadura creyeron alcanzar el premio a sus personales ambiciones. No detuvo su venganza el terror que lograron inspirar, ni la desaparición de los santanderistas condenados a la horca y a destierro. Colombia ya en

decadencia se dislocó bajo el peso de estas miserias: perseguido a su vez el Libertador, abrasado por los más atroces sufrimientos del corazón, envejecido, solitario, con intensa amargura despreció tales escenas, fuente perdurable de discordia. En el camino del sepulcro el destino le hizo comprender cuán lejos le habían conducido sus ayudantes, y cuán distinta había sido la conducta del vicepresidente Santander.

Al decir de don Marco Fidel Suárez, el Hombre de las Leyes, "en su época y en medio de sus cólegas y coetáneos, descolló como hombre de pluma y de gabinete y no sólo como espada, y se elevó respecto de la mayor parte, tanto como el ciprés sobre los mimbres".

* * *

Una nación soberana, libre, fundamentalmente civil en sus instituciones; una Nueva Granada constituida por elementos ilustrados y gobernada por principios liberales; poderosa en el interior, respetada al exterior, en movimiento progresivo; una república dirigida de arriba a abajo por un núcleo de selección; hé aquí en síntesis el ideal político santanderista.

Con esa claridad de juicio distintiva en los hombres de tipo superior, percibiendo de modo profundo la realidad, sin vanas alternativas de esperanza y desaliento, sin dar entrada a la fantasía o a la quimera, Francisco de Paula Santander —presidente de la Nueva Granada— no defraudó las ilusiones concebidas. Su gobierno fue riguroso, quizá severo en demasía, sin apartarse una línea del mandato de la constitución, sin atender —por temperamento y sistema— las pretensiones de los interesados o las amenazas de los descontentos.

En su calidad de jefe del Estado neogranadino, el general Santander obró siempre dentro de un equilibrio perfecto, acorde con el espíritu razonador de su existencia, desdeñando a los defensores de reformas prematuras, persiguiendo con la mayor sangre fría a los partidarios de la reacción militarista.

La firmeza de su voluntad y el conocimiento sensato de los hombres, le preservaron de caer como cayeron en su tiempo por el abismo de la tiranía, otros mandatarios de la América hispana. El presidente de la Nueva Granada fue una soberbia excepción.

Tan enemigo de las preeminencias de casta y riqueza, como de festinar una revolución de índole social, entre la anarquía y la

jerarquía jamás vaciló. En su presidencia y en su hogar fue la negación patente del romanticismo, de lo imaginativo. La influencia romántica, dominadora de una época próxima a su vida, le fue extraña, opuesta diría a su modo de ser.

Admirador de la ciencia positiva del siglo XIX, promovió de continuo la fundación de escuelas y universidades. Obediente a un impulso generoso y a todas luces patriótico, creó la Academia Colombiana, centro de alta cultura, destinado a proseguir los estudios de la Expedición Botánica. Pero con mucho, ello quedó superado por su decisión de abrir la mente de los neogranadinos a las teorías científicas del mundo europeo, revolucionarias en el buen sentido de la palabra, sin ánimo o empeño de suscitar controversias patrocinadas en gran parte por los enemigos políticos de su gobierno. El presidente Santander nunca renunció a la responsabilidad compañera de sus acciones. El respeto a sí mismo —fórmula concreta— encierra la explicación más certera de su conducta. Por encima de natural y humano desagrado, soportó las injurias y las agresiones; un hombre de tal temple imprime a la nación que gobierna un sello definitivo. Al entregar los signos del poder a su sucesor, confió a su discernimiento los fundamentos de la nacionalidad: una nación consciente de su valor y lista a ocupar en el consorcio de las repúblicas americanas rango elevado por derecho de la inteligencia.

En Santander descubrimos sin esfuerzo su grande ambición, que no fue otra sino crear, fundar, dar vida organizada a este país. La escuela política heredera de su nombre, no desmayó en coronar la obra: fue constante en la aplicación de la doctrina y en la ejecución de proyectos trascendentales: fue sincera en la práctica de principios liberales. Su devoción a la patria remedió notorias injusticias, estableciendo buen gobierno sin miramiento a privilegios; mas todo esto fue reflejo directo del creador de la república: de su pensamiento y prolongación lógica de su enseñanza.

Si Colombia se presenta en la asamblea de naciones como un pueblo atento a rendir culto a las leyes, ello se debe a la historia del general Francisco de Paula Santander. En esta hora solemne de meditación, sus palabras proféticas nos señalan el sendero luminoso de la gloria:

“Colombianos: Las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad”.